

Tragedia y farsa de la intelectualidad peronista

El populismo castrado

Por Juan Dal Maso

De cómo la historia se transforma en un texto

Los intelectuales provenientes de la JP de los '70 son quienes han capitalizado en lo inmediato el retroceso de los intelectuales social-liberales argentinos.

La diferencia fundamental que mantiene este sector de intelectuales (González, Casullo, Feinman, etc.) con Sarlo, Vezzetti y demás, es el balance sobre los '70. Si bien todos han revisado y mantienen hoy una distancia "crítica" respecto de sus proyectos setentistas, ninguno de ellos ha renegado de su pasado al nivel de reivindicar, como Sarlo, la teoría de los dos demonios. Este posicionamiento les ha dado un "prestigio" que aquellos transformistas hasta el final no pudieron lograr, compensándolo con un mayor control sobre la "academia", otra invención de la vuelta de la democracia.

Desde este posicionamiento fundamental este sector ha logrado empalmar no sólo con la política de derechos humanos del gobierno de Kirchner, a la izquierda de la teoría de los dos demonios (no así su política represiva actual hacia piqueteros, fábricas ocupadas, etc.), sino con el renovado proceso de rescate y discusión de los '70 expresado en infinidad de libros, revistas y producciones audiovisuales. Mientras que Sarlo reniega explícitamente de sus "sueños autoritarios" de esos años, para los intelectuales provenientes de la JP debatir los '70 es volver a poner sobre la mesa aquellas "utopías irredentas" que si bien fueron abandonadas, no merecen ser denostadas.

Pero, contradictoriamente, en este punto fuerte reside su mayor debilidad. Porque su mirada más favorable hacia los '70 convive con un posibilismo que si bien se postula como crítico del progresismo gorila, no propone más que una expropiación en clave peronista de los postulados de éste. Este dualismo entre el pasado nunca negado hasta el final y el presente moderado y posibilista, entre la patria socialista y el capitalismo nacional o latinoamericano, es la base de sus mayores contradicciones.

Desde la cárcel fascista, Antonio Gramsci escribió que debíamos conservar del pasado aquello que habíamos contribuido a edificar. Bella definición sin duda. Es necesario no olvidar que el "nosotros" de Gramsci remitía a la clase trabajadora y, a través de ella, al conjunto de las clases oprimidas. Esta dialéctica de pasado y presente presupone justamente la continuidad de un sujeto social situado en el quehacer histórico, en el cual todo texto es un momento de la praxis.

Por el contrario nuestros intelectuales "peronistas" se han resignado a que el pasado revolucionario sólo puede volver en un aséptico relato, reivindicativo hacia atrás, pero sumamente moderado hacia el presente.

De esta forma el dualismo de "setentismo" y posibilismo los deja siempre en situaciones "incómodas", en las cuales las posiciones de Sarlo actúan como una suerte de posicionamiento en última instancia compartido implícitamente contra la izquierda marxista revolucionaria. A su vez este dualismo se expresa en una suerte de "fuga de la historia hacia el discurso". Justamente, al naturalizar el dominio social y político de la burguesía, no queda mucho más que apuntalar al actual gobierno para ampliar los alcances de su discurso político, pero sin cuestionar su política efectiva, para que la cita de Yrigoyen o Perón reemplace la figura del Plan Marshall, o para que la reivindicación de la lucha "contra el terrorismo internacional" vaya acompañada de... "humanismo crítico".

De todas formas no debemos confundirnos, en su desgarramiento guardan una fuerte continuidad: tanto en los '70 como en la actualidad se referenciaron en una corriente que consideraba a la clase obrera "columna vertebral" del movimiento nacional pero no sujeto efectivo de la revolución social. Esta hostilidad hacia la independencia de la clase obrera es un punto común de todos los registros que intenta analizar este artículo, y es a la vez el fundamento histórico e ideológico de esta extraña autonomía de los intelectuales, muy notoria respecto del movimiento de masas pero inexistente frente al gobierno de Kirchner.

I - Horacio González o la retórica del equilibrista

Fractura del tiempo histórico o de cómo el superávit fiscal reemplazó a la patria socialista

Horacio González expresa con muchísima claridad este dualismo elevándolo a un esquema para analizar la práctica del gobierno de Kirchner, acudiendo a la división entre tiempo cíclico y tiempo lineal. El tiempo cíclico es según González el de la reivindicación de la utopía setentista, que conlleva una reparación justiciera de aquellos que fueron salvajemente aniquilados. El tiempo lineal sería aquel de la "moderación" en materia de decisiones económicas, de recomposición institucional, en otras palabras de la gobernabilidad y la política prosaica, sin "utopías" ni redenciones.

Esto se expresa en la propia práctica de González, en su renovado afán de ampliar los alcances del discurso presidencial a la par de mostrar una conformidad aporoblemática frente a la política gubernamental, que basa toda su estrategia en la más brutal transferencia de ingresos a favor de una minoría de privilegiados, mientras engrosa el superávit fiscal a costa de mantener a la mitad de la población bajo la línea de pobreza con el famoso dólar a tres pesos, sin reajustar los salarios a nivel de la canasta familiar y sin creación de empleo genuino. Si durante la infame fiesta menemista nuestro país se transformó en una suerte de barril sin fondo del que la Repsol siempre encontraba algo que sacar, el actual gobierno progresista, con la careta "nacional" de Enarsa, se prepara para dejar en manos de las multinacionales la explotación de la plataforma marítima.

Esta construcción implica una fractura del tiempo histórico en la cual, mientras estamos condenados a aceptar la moderación, es decir la ausencia de toda perspectiva revolucionaria en un tiempo lineal y sin sobresaltos, la lucha por la liberación de los oprimidos queda limitada a una reformulación de la lectura del pasado pero completamente bloqueada como perspectiva para el presente.

Una visión de este tipo no es nueva. De hecho hay por lo menos dos perspectivas con las que se emparenta la visión de González. La concepción de un tiempo lineal, vacío y paso a paso que fuera dominante tanto en las últimas décadas del siglo XIX hasta la Guerra del '14, con su positivismo y su evolucionismo vulgar acompañado de programas máximos imponentes (que harían el rol del tiempo cíclico de González, aunque más atentos a una construcción idílica del futuro que a una "redención" del pasado); y el "gran relato" sobre el fin de la historia de Fukuyama, otra forma de historia con providencia que en lugar de postular la evolución indolora desde el capitalismo al socialismo, postulaba la definitiva victoria de aquel sobre éste. Ambas lecturas construyeron la ilusión, una por "izquierda" y otra por derecha, de una domesticación del quehacer histórico.

De más está decir que no vemos a González propiciando una vuelta al evolucionismo socialdemócrata, ni al triunfalismo capitalista ingenuo de Fukuyama, pero su

posibilismo, incapaz de ir más allá del dominio del capital, lo acerca peligrosamente si no a una visión del fin de la historia, por lo menos a una degradación del tiempo histórico en la cual la lucha por la revolución pertenece al pasado mientras que el moderantismo burgués al presente, liquidando la continuidad de la lucha de los oprimidos.

Por el contrario, los hombres “hacen historia” cuando la “redención” de las luchas del pasado se realiza en la transformación revolucionaria del presente.

Política y lucha de clases o de cómo González volvió al palco presidencial

Primero como tragedia, después como farsa. Así como en los ‘70 González había roto con Montoneros después de la muerte de Rucci en aras de mantenerse en el “movimiento nacional”, hoy hace el remedo de aquella situación atacando a la izquierda en aras del “capitalismo nacional”.

Según declara en la revista *Confines*, González se siente “muy incómodo” frente al progresismo y la izquierda: “a mí esa izquierda no me satisface pues detrás de ella hay, en última instancia, un modelo de guerra. Pero quienes han hecho las cuentas claras y desarrollado hasta las últimas consecuencias este pensamiento y se atemorizan por cualquier despunte de una crítica en la que ya parecen querer ver todas las formas de la guerra, tampoco me gustan. O sea que a los viejos críticos del progresismo que fuimos nosotros creo que nos falta ahora una parte importante de la crítica para un próximo capítulo sobre lo que no fue analizado, a riesgo de, si no, quedar sin voz” [1].

La identificación de la lucha callejera y el enfrentamiento con el Estado, es decir de la lucha de clases con la guerra, es en González no tanto una suspicacia producto de la lectura de Clausewitz, sino la expresión de un añejo conservadurismo. En el número anterior de *Lucha de Clases* comentábamos el último editorial de El Ojo Mocho, donde González reivindicaba la vuelta de la “política nacional” como la recomposición de un marco común “donde situar el antagonismo”, es decir un acuerdo implícito de no rebasar ciertos límites institucionales en aras de un “legado común”.

González califica como tributarios de un “modelo de guerra” (del cual sería un ejemplo la huelga de los trabajadores del subte contra la insalubridad y por las 6 horas) a aquellos que de una forma u otra sostienen la necesidad de que el movimiento obrero y popular mantenga su independencia respecto del gobierno (aunque no siempre del Estado), en lugar de integrarse en el marco común de la política “nacional”, que consiste en el fortalecimiento del peronismo y por ende de su control sobre el movimiento obrero para recomponer la normalidad institucional. En esto González tiene un acuerdo implícito con los social-liberales y con los liberales a secas: la identificación de la política con la recomposición estatal. Sarlo identifica la revolución con la “barbarie”, González identifica la lucha de clases con la “guerra” ¡Notable coincidencia!

Pero González, a diferencia de la directora de *Punto de Vista*, no ha “desarrollado hasta las últimas consecuencias” su propio pensamiento, de forma tal que viene a jugar el papel de un “progresista” (en el sentido negativo que González asigna a esta palabra) inconsecuente, abierto a los “elementos de crisis de la razón” y al “vitalismo”, siempre y cuando no tengan que ver con la acción directa y la independencia política de la clase obrera.

La burguesía argentina ha dado, desde la Semana Trágica hasta la masacre del puente Pueyrredón, significativas muestras de su vocación pacifista. Y si bien es cierto que todo proceso de enfrentamiento de clases pasará forzosamente por un momento de

“correlación de fuerzas militares” al decir de Gramsci, no debemos olvidar que aquellos que apelarán al “modelo de guerra” frente a la radicalización obrera y popular serán la burguesía argentina y el peronismo, su mediación política más sólida, tal cual hicieron con la Triple A y posteriormente con la dictadura genocida.

Por el contrario, nuestro ilustre vicedirector de la Biblioteca Nacional prefiere criticar el “modelo de guerra” de “las izquierdas” mientras la burguesía prepara verdaderos aprestos bélicos con sus políticas represivas y su demonización de los luchadores sociales.

Pero no vaya a creer el lector que este posicionamiento es un pequeño desliz de nuestro libre-pensador. También en la lucha por la elección directa en Sociología durante el 2002 adoptó una ubicación equidistante de la izquierda y la derecha; en los ‘90 supo escribir su “carta abierta al Chacho” y allá lejos y hace tiempo, en los ‘70, estuvo entre los fundadores de la JP Lealtad. Una vieja foto para terminar: Según él mismo narra, el 1º de mayo de 1974 González, después de observar desde el balcón presidencial la batahola entre los Montoneros y la burocracia sindical, le dice a Alberto Iribarne: “Che, menos mal que no estábamos ahí” [2].

II - Intelectuales

De cómo Casullo “simplifica” a Lenin y se saltea a Gramsci para volver al liberalismo

Ya lo sabemos, nada gusta tanto a los intelectuales como discutir sobre sí mismos. Es más, esta vieja costumbre no es exclusiva de los intelectuales liberales. Veamos si no lo que nos dice Nicolás Casullo, director de *Confines* en “La cuestión del intelectual”: “vituperado muchas veces por las izquierdas militantes, por las derechas cazadoras de brujas o por el sentido común de la gente, el intelectual fue en realidad el nombre que asumió el dilemático, esquivo y controversial tema de la conciencia crítica en sociedades ya con múltiples y taimados ismos políticos e ideológicos en acción. Fue una floración -entre medio de esas posiciones colectivas- de un espacio de independencia, autoridad letrada y preocupación por lo comunitario, que aparecía en tanto autonomía ‘real’ y cuya gimnasia no iba a ser otra cosa que una tarea cuestionante: la disconformidad intelectual. Desde el propio mito de la llamada conciencia autónoma -construcción política, filosófica y estética que edificó a la modernidad, la figura del intelectual, llegada una época, puede ser entendida como el itinerario de radicalización de tal conciencia” [3].

Reflexión crítica frente y a través de los “ismos” políticos, radicalización de la autonomía de la conciencia frente al desarrollo de las sociedades de masas con sus grandes aparatos. Tales son los tópicos de Casullo, desde los cuales se sumerge para bucear en las fuentes de la figura del intelectual pasando por su desarrollo en los años de la segunda posguerra hasta su creciente pérdida de interés producto del desplazamiento de los intelectuales por toda clase de sujetos más funcionales a los grandes medios de comunicación.

Disentimos con Casullo acerca de la figura del intelectual como radicalización de la conciencia autónoma constitutiva de la modernidad. En primer lugar porque dicha autonomía de la conciencia individual escondía la heteronomía de las clases explotadas respecto de las explotadoras, con lo cual la radicalización de dicha autonomía, siempre dentro del registro “ilustrado”, no significa otra cosa que la “independencia” respecto de todos los actores concretos de la lucha de clases y en segundo lugar porque esa radicalización es la contracara, muchas veces complementaria, del proceso sostenido de politización de los intelectuales durante el

siglo XX (que el propio Casullo comenta), del cual el stalinismo sacó provecho en la segunda posguerra, cambiándole el sentido, a lo que nos referiremos más adelante. No extraña que Casullo, en función de defender una figura del intelectual tributaria del individualismo liberal, en su extenso inventario presente a Lenin como el representante de un punto de vista instrumental y “disciplinante”, y a la vez omita deliberadamente las elaboraciones de Gramsci al respecto.

Lenin sería según Casullo el que cierra el siglo XIX ruso formulando la “cuestión intelectual”, llamando a los intelectuales “a ingresar al partido de vanguardia y renunciar a sus quehaceres burgueses”. Este planteo, en términos de Casullo, implica una subordinación de la función intelectual a una clase, la clase obrera que no siempre recibe a los intelectuales con los brazos abiertos. Al ser la formulación de Lenin opuesta por el vértice a la de Casullo, no extraña que éste se contente con algunas referencias superficiales al *Qué Hacer*, señalando su influencia sobre los términos de la “cuestión intelectual” en el siglo XX, pero haciendo un recorte arbitrario de sus auténticos contenidos.

En primer lugar, el *Qué Hacer* se inscribe en la tradición del pensamiento social, político y literario ruso, dando respuesta efectiva a una problemática extensamente tratada (recordar la novela de Chernichevski también llamada *Qué Hacer*): la de la necesidad de la rebelión contra la autocracia zarista por parte de los pequeños hombres “humillados y ofendidos”. Sólo que Lenin ubicó esta pregunta en una lectura históricamente concreta, desde la cual dio una respuesta que superaba ampliamente el legado populista.

En segundo lugar Lenin desarrolla una concepción acerca del nexo teoría-práctica opuesta por el vértice a las concepciones burguesas, románticas o iluministas. Lenin lleva a un nuevo plano de concreción teórico-política la mundanización del pensamiento operada por Marx y Engels. Por eso la unidad de intelectuales y vanguardia de la clase obrera en un partido marxista revolucionario, que expresara la unidad de lucha económica, política y teórica, constituye una reformulación de la figura del intelectual en los marcos de una realidad de clases muy diferente a aquella de la que surgiera el mito de la consciencia autónoma que Casullo reivindica, la cual en la Rusia zarista tenía un único contenido: la convivencia con la autocracia. De esta manera para Lenin, la “cuestión del intelectual” era un aspecto de la “cuestión de la revolución”, al revés de las líneas de Casullo que estamos comentando.

Siguiendo en líneas generales a Lenin, pero desarrollando sus propias elaboraciones Gramsci (que en el inventario de Casullo apenas resulta nombrado) consideraba que la tentativa de adjudicar a los intelectuales la dirección de la historia nacional constituía una forma de la revolución pasiva. Por el contrario, Gramsci pensaba a los intelectuales como parte integrante de un bloque social hegemónico ya constituido o contrahegemónico en formación. Gramsci reivindica la autonomía de la consciencia, pero la radicaliza no a través de la figura del intelectual crítico, “independiente” respecto de todas las facciones sociales, sino a través de una democratización radical del pensamiento teórico que debe poder traducirse a sentido común, respecto del cual mantiene una diferencia cuantitativa y no de calidad. De esta manera Gramsci consideraba que un grupo social entero podía actuar como “filósofo” en la medida en que su acción práctica realizaba una concepción del mundo.

En tercer lugar, aunque los trotskistas mantenemos una distancia crítica con las posiciones políticas y programáticas y con la concepción de partido esbozada en los Cuadernos, Gramsci reivindicaba como forma histórica concreta de ese intelectual colectivo el partido revolucionario. Casullo, “simplificando a Lenin” y “olvidándose”

de Gramsci, simplemente prepara el terreno para la crítica fácil a la “izquierda vanguardista” a que nos referiremos en breve.

De cómo Casullo llega a decir exactamente lo mismo que Beatriz Sarlo

Casullo sostiene que desde un punto de vista el debate político-cultural es más rico en la época presente que en los años ‘60 y ‘70, puesto que en los años de la radicalización y el ascenso de masas las verdades que se defendían se consideraban dadas y por tanto no se ponían en cuestión, al revés de lo que viene sucediendo después de la caída del “socialismo real” donde el “marxismo”, el “proletariado”, la “revolución armada”, “el socialismo” y otros conceptos fuertes del período anterior estarían en crisis [4]. Casullo sucumbe a la principal operación ideológica del sentido común posmoderno: identifica el marxismo con lo que el stalinismo presentaba como “el marxismo”. Sucede que por un lado se presenta el stalinismo como resultado inevitable del bolchevismo (o en muchos casos del pensamiento del propio Marx) y a la vez se presentan los aspectos más rudimentarios y pintorescos de la metafísica stalinista (materialismo vulgar, reduccionismo economicista en clave cosista, glorificación de los aparatos burocráticos, productivismo, etc.) como una suerte de “marxismo realmente existente”.

Pero dada la centralidad de la experiencia histórica en la conformación tanto del sentido común como del pensamiento teórico del presente, no alcanzaría con decir que la caricatura del marxismo concebida por los stalinistas no respondía al espíritu de la doctrina elaborada por Marx y Engels y los grandes marxistas del siglo XX como Lenin, Trotsky y Gramsci. Eso de hecho lo sabe casi todo el mundo.

Lo que no siempre se pone sobre la mesa es cómo la consolidación del stalinismo durante los años ‘30 como una burocracia thermidoriana, que expresaba la reacción de elementos procapitalistas sobre las bases sociales de la revolución, su transformación en un aparato contrarrevolucionario que liquidara la revolución española y el enorme peso en la escena mundial logrado por éste a la salida de la Segunda Guerra, se expresaron en la constitución de un sentido común compartido tanto por stalinistas, socialdemócratas, anticomunistas y por las distintas variantes del nacionalismo burgués y pequeñoburgués, más cercanas o más alejadas de Moscú, del que provienen las formas históricas de las representaciones que Casullo considera en crisis.

En el terreno de la clase obrera, el trabajo de destrucción de las tradiciones revolucionarias operado por los stalinistas se expresó en la sustitución de la autoactividad de la clase por la infalibilidad de la burocracia del “partido”, deformando a su vez la relación entre partido y soviets propia del pensamiento de la IIIª Internacional. Esta ruptura de la continuidad cruza todo el pensamiento de la segunda posguerra desde Sartre hasta el Che Guevara. Este último, sin duda el más lúcido de los comandantes guerrilleros y el que más a la izquierda se posicionó respecto del PCUS y de las burguesías latinoamericanas, concebía la formación del hombre nuevo como educación, pero no como autoeducación a través del ejercicio de la democracia soviética. Así, el problema nodal de la “institucionalización de la revolución”, que no fue resuelta en clave de democracia soviética y legalidad de todas las corrientes que defendieran la revolución (programa de Trotsky para la URSS de los años 30) cristalizó en partido único y burocratización creciente.

Los marxistas críticos de Checoslovaquia y Yugoslavia, como Kosik y Marcovic, autores de valiosos trabajos filosóficos y políticos, ensayaron una crítica profunda de la brutal maquinaria stalinista, defendieron la autogestión contra la burocracia rusa y autóctona. Pero concebían la posibilidad de un modelo distinto de socialismo a través de una democratización radical del régimen burocrático mismo en el contexto

nacional, en lugar de una profunda revolución política contra la burocracia, como había planteado Trotsky en *La Revolución Traicionada*.

A contramano de la mayoría de “intelectuales críticos” de los ‘50 y los ‘60, cuya crítica del stalinismo sólo parcialmente iba más allá de la “desestalinización” puesta en marcha por Kruschov para despegar a la burocracia soviética de su propia historia, y de aquellos que se ilusionaron con la “Revolución Cultural” de Mao Tse-tung para desilusionarse luego y virar al entusiasmo por la democracia norteamericana, el pensamiento de Trotsky, partiendo de su profunda comprensión del fenómeno stalinista y del carácter de la Segunda Guerra Mundial, a pesar de algunos errores de pronóstico fue el único que presentó una alternativa a las distintas figuras del sentido común del mundo de la segunda posguerra, que derrota y desilusión mediante, constituyen la base del sentido común del presente.

Damos estos ejemplos de diverso valor histórico para mostrar que los intelectuales de la segunda posguerra, en la cual se consolidó definitivamente el cúmulo de representaciones que Casullo identifica con el comunismo realmente existente, tenían frente a la realidad histórica de su época una posición similar a la de las figuras de la consciencia ingenua en la *Fenomenología del Espíritu* de Hegel: el stalinismo (con sus deformaciones ideológicas correspondientes) se les presentaba como un fenómeno dado, sin historia previa al igual que la propia subjetividad, de forma tal que la crítica del mismo ejercida desde el propio “campo intelectual” compartía en gran parte los mismos presupuestos que el objeto de la crítica. Aquí sujeto y objeto de la crítica eran parte de una feroz ruptura de la continuidad del proletariado y del pensamiento marxista.

En este mismo contexto se ubican ciertas ideas directrices de la “izquierda nacional” argentina: el peronismo como expresión de la revolución anticolonial, la guerra de guerrillas como el método correcto para llevarla adelante, la patria socialista como proyecto de sociedad, engarzados por la clásica idea de J. W. Cooke de “la contradicción que el movimiento arrastra como una maldición, desde hace años: un Jefe revolucionario y una masa revolucionaria por un lado; y por el otro, cuadros intermedios donde abundan los especímenes de la vieja burocracia, que sólo conciben la política en los marcos tradicionales, reformistas y negociadores” [5]. El regreso de Perón a la Argentina sometió esta lectura a una prueba por demás trágica.

Casullo por su parte toma sin beneficio de inventario esta visión fenoménica y por tanto acrítica sobre el mundo de posguerra, incluida las propias corrientes ideológicas de los ‘60 y ‘70. Desde aquí su visión negativa del proceso de radicalización, en la que coincide con Beatriz Sarlo y Oscar Terán: “Izquierda vanguardista [la de los ‘60 y ‘70, N.de R.] que patrocinó una politización reductora de toda otra instancia cultural o intelectual de resistencia, y que desde esa dura y dogmática compactación de criterios a cargo del cuadro político, llegado un momento desvalorizó la mayor parte de la tarea intelectual crítica y creativa ‘no revolucionaria’” [6]. Aquí la crítica de la “izquierda vanguardista” juega el papel de transformar la crítica al “militarismo” de Montoneros en un juicio acerca de toda idea de revolución, presentando unilateralmente el proceso de radicalización de los ‘60 y ‘70. Para confirmar esta idea Casullo remata “Sin embargo, el estado deplorable de la historia actual en casi todos sus planos indica quizás lo oportuno que sería el despertar de los mandarines con una memoria crítica sobre sí mismos, con memorias imprescindibles, en el marco de un renacer de políticas democráticas genuinamente nuevas”.

Crítica de la radicalización, figura autorreferencial del intelectual crítico y reivindicación de la democracia burguesa. Aquí Casullo coincide con Sarlo.

Sucede que los intelectuales “peronistas”, digámoslo de una vez, son también liberales pero desde otro punto de vista.

III - De cómo González escamotea el rol del trotskismo en la tradición nacional

Toda construcción en torno a la figura del intelectual está estrechamente relacionada con linajes y tradiciones a reivindicar o combatir. Este es el terreno que abordaremos para finalizar este contrapunto.

El nacional-populismo en todas sus variantes se caracteriza por abordar la historia argentina con un maniqueísmo (San Martín-Rosas-Perón) propio de una fábula escolar unido a la más profunda ignorancia del marco internacional y a una telurización estetizante del atraso, constituyendo la contracara del relato igualmente simplista del liberalismo (Mayo-Caseros-Unión Democrática).

Desde un registro más amplio, pero con notoria deuda con los enfoques antes aludidos, Horacio González dedicó un capítulo de su libro *Restos Pampeanos* al “trotskismo y el cookismo en el teatro de las ideas argentinas”, incluyendo de esta manera al trotskismo en la tradición cultural argentina, a la vez que obscureciendo su verdadero papel en ella.

Según González “...en el trotskismo, el atraso aparecía tan fascinante como la última estribación moderna, pues ambas polaridades se reunían dramáticamente por efecto de una ‘ley del desarrollo desigual y combinado’, que dejaba a la realidad siempre al borde de una deflagración. Si todo punto de un continuo histórico estaba sometido a una ley que combinaba momentos dispares, entonces toda la realidad histórica estaba en convulsión potencial, con su energía inconsciente a punto de transformarse en figuras de la revolución”.

González sostiene que Trotsky “tenía la tentación irrefrenable de suponer que el ‘trotskismo’ era un principio general de desorganización de la materia y el tiempo, introduciendo en esos ámbitos tensos factores de empuje que contribuían a revelar su ‘inconsciente revolucionario’ desembarazándolos, si cabe, de sus propias formaciones calcáreas, burocráticas”.

Sería este punto de vista, característico del “cosmopolitismo” de Trotsky según nuestro autor, el que exponía al trotskismo “a tratar como meramente instrumentales las formas culturales y los núcleos más espesos de las culturas sociales o populares”. De esta forma la revolución permanente, que evocaba la figura retórica del quiasmo, encontraba su complemento en otra “figura retórica”: el entrismo. Para González, mientras que la revolución permanente “establece la cuestión revolucionaria como una continuidad que le otorga cierta idealidad metafísica”, el entrismo “coloca al alma trotskista en estado de intervención permanente en lo que ella no es [...] En la Argentina posterior a la primera caída del peronismo, el concepto político de entrismo [7], sometido a una interpretación no menos que descuidada y desprovista de mayores sutilezas, fue esgrimido por un sector del trotskismo que había unido su nombre al del dirigente Nahuel Moreno” [8].

En primer lugar Trotsky, lejos de pensar que el trotskismo fuese un “principio general de desorganización de la materia y el tiempo”, combinaba la profundidad conceptual con el análisis concreto de situaciones concretas. Vale decir que no consideraba que el punto de vista internacional suplantara el necesario análisis del contorno nacional, sino que partía de la totalidad del sistema capitalista mundial para comprender sus aspectos nacionales.

Esta fortaleza teórica le permitió captar mejor que nadie, incluido Lenin, la dialéctica histórica específica de la revolución rusa. De esa experiencia y de las revoluciones

derrotadas de los años '20 surgiría la teoría de la revolución permanente. De esta manera mientras que en Marx la revolución permanente era la bandera con la cual el proletariado debía intervenir en las revoluciones burguesas, en Trotsky era una teoría acerca del carácter de la revolución contemporánea, caracterizada por el transcurso de las revoluciones burguesas en proletarias en los países coloniales, semicoloniales y de desarrollo burgués retrasado y su interdependencia respecto de las revoluciones socialistas en los países centrales.

Contrariamente a los que creían que el trotskismo era “un principio general de desorganización de la materia y el tiempo” Trotsky, lejos de ver como meramente instrumentales las formas culturales propias de los estratos populares nacionales (tanto en el sentido de que fueran “instrumentos” de la dominación burguesa como en el de que pudieran instrumentalizarse en beneficio de la causa propia) logró captar un aspecto de la realidad latinoamericana crucial para comprender el peronismo: los bonapartismos con tendencias hacia las masas propios de los países latinoamericanos en los cuales la clase obrera rivalizaba con el imperialismo, del cual la burguesía nacional era subsidiaria [9]. Desde aquí polemizaba con aquellos que tomaban “la revolución permanente como una cantinela” [10] y no lograban comprender el fenómeno cardenista en México, ni darse una política para luchar por la hegemonía de la clase obrera en la lucha del pueblo mexicano contra el imperialismo.

González en lugar de debatir estos problemas echa mano de un argumento de manual: el nunca suficientemente denostado “cosmopolitismo” de Trotsky, fuerte error de apreciación que compartieran Gramsci y Mariátegui, que por otra parte parece ser lo único que nuestro ilustre pensador ha logrado incorporar del pensamiento de ambos marxistas “sorelianos” [11].

Pero no nos burlemos de un respetado sabio que peina canas. Veamos si su argumento resiste aunque sea la enumeración de algunos títulos de trabajos de Trotsky, elegidos al azar y tal cual le vienen a la cabeza a un militante trotskista. *Historia de la Revolución Rusa, ¿A dónde va Inglaterra?, ¿A dónde va Francia?, “La revolución china”, “¿Cuál será el carácter de la revolución en España?”, “Problemas de la revolución italiana”, “Sobre las tesis sudafricanas”, “Tareas y peligros de la revolución en la India”, “México y el imperialismo británico”,* por nombrar sólo algunos.

Citamos trabajos de distinta envergadura e importancia porque todos están unidos por un punto común: la preocupación de comprender correctamente las características específicamente nacionales de los procesos estudiados, dando cuenta de las relaciones de fuerzas entre las clases, de las contradicciones del régimen político y de las interrelaciones entre éstos y el estado de la economía. Pero Trotsky a diferencia de los nacionalistas de todo pelaje comprendía el ámbito nacional como el resultado de una combinación original de procesos internacionales y nacionales, como parte de la totalidad de la economía mundial.

Un dato más: en su “cosmopolita” teoría de la revolución permanente Trotsky asigna una importancia fundamental al problema de la emancipación nacional, señalando en la segunda tesis la relación de esta tarea histórica no resuelta en los países oprimidos por el imperialismo, con las tareas de la revolución socialista. Da la impresión de que a González, quien en materia de internacionalismo no llega mucho más allá del pueblo-mundo de Alberdi, no le vendría mal repasar aquellos textos que hace muchos años cambió por los de Hernández Arregui.

En segundo lugar una aclaración sobre el problema del entrismo. Esta táctica aconsejada por Trotsky a diversos grupos trotskistas durante los años '30, se basaba en la existencia de fenómenos de radicalización de sectores significativos dentro de

los partidos reformistas de masas, en una situación en la cual muchos obreros desilusionados del PC luego del ascenso de Hitler aflúan hacia los PS esperando ser mejor recibidos en sus estructuras más laxas. La propuesta de Trotsky consistía en entrar en esas organizaciones con una política independiente de la dirección reformista para confluir con los obreros y jóvenes revolucionarios y ganar a la mayoría de ellos para asestar un duro golpe al reformismo.

Pero de ninguna manera el entrismo es, como presenta en forma caricaturizada González, una definición estratégica del trotskismo ni su práctica política permanente. Incluso en el caso de Moreno es una parte, sin duda fundamental, de sus experiencias políticas, pero éstas no se agotan en el entrismo que, como explicamos en la nota de pie 7, tenía un carácter completamente diferente de las experiencias de los trotskistas franceses y norteamericanos en los años treinta [12].

Continúa González: “ De hecho, de la época de Palabra Obrera quedaron en el peronismo palabras y definiciones que luego formaron parte de su memoria revolucionaria, en una antropofagia de la que parece haber aprovechado menos el ‘entrismo’ [el morenismo, N. de R.] que el ‘entrado’ [el peronismo, N. de R.]”. Luego de plantear que “una de las notorias ideas de cierto tramo del trotskismo -la del ‘partido obrero basado en sindicatos’- tenía la evidente singularidad de que se avenía con cierta coherencia a los sobrentendidos intereses del dirigente sindical Augusto Timoteo Vandor, en su sorda disputa con el exilado Perón” González concluye “... sólo puede entenderse cabalmente el drama de John William Cooke al percibirse que sus tesis tenían una cierta cercanía con las del trotskismo”.

González otorga al trotskismo (morenista) el lugar de un elemento externo que habría penetrado en la tradición político-cultural argentina, no por presentar una visión diferente de la historia nacional y sus principales procesos sino por, entrismo mediante, haber ampliado y enriquecido el universo discursivo del peronismo, al cual no habría podido pensar más que como una forma “meramente instrumental”. Por el contrario consideramos que el trotskismo es la única corriente que pensó la historia nacional desde un punto de vista independiente de todos los proyectos semicoloniales burgueses. Señalamos a continuación en un breve e incompleto esbozo, algunos de sus principales aportes.

De los ricos debates fundacionales del trotskismo argentino de los años ‘30, resaltamos el rol de Liborio Justo, quien remarcó la importancia de la lucha por la liberación nacional como una tarea fundamental de la revolución obrera en la Argentina, problemática con la cual la corriente de Nahuel Moreno mantuvo una continuidad.

Moreno sintetizó los criterios para estudiar los diversos períodos de la historia argentina: “Analizar la historia de un país determinado como parte de ese todo que es la economía y la política mundial [...] El segundo elemento a considerar [...] es el desarrollo de las fuerzas productivas [...] el tercer elemento a considerar es el que se refiere a las relaciones de producción o relaciones entre las clases. Es indispensable, entonces, que precisemos primero la existencia de las clases, qué relaciones se establecen entre ellas, el grado de explotación de unas por otras, quién o quiénes detentan el poder político, cómo están subdivididas. Este tercer elemento se halla íntimamente ligado al anterior [...] si bien debemos tener en cuenta que dicha ligazón no es en ningún modo mecánica y que pueden existir entre ambos contradicciones más o menos violentas [...], con la combinación de estos tres elementos estamos en condiciones de definir las etapas históricas de cualquier país” [13].

Milcíades Peña, primero en colaboración con Moreno (revista *Estrategia*), y luego por su parte, ofreció una interpretación marxista de la historia argentina desde este punto

de vista, en polémica con la tradición liberal y su subtradición stalinista, como frente al revisionismo histórico y su subtradición de la “izquierda nacional” encarnada en Jorge Abelardo Ramos, poniendo de relieve la incapacidad de todas las alas de la clase dominante argentina frente a sus tareas históricas. Milcíades Peña acuñó y desarrolló una herramienta conceptual fundamental para comprender la dependencia del país respecto del imperialismo: la pseudoindustrialización. Mientras que la revolución industrial inglesa había implicado una profunda transformación de las relaciones de propiedad, la pseudoindustrialización argentina fue una política consciente de la oligarquía (burguesa) argentina para hacer frente a la pérdida de mercados durante la crisis de los años ‘30, de forma tal que la “burguesía industrial” tan ensalzada en nuestros días, no surgiría en oposición a los dueños de las tierras sino como una diversificación dentro de su mismo sector. Peña sostenía que la pseudoindustrialización, definida como “el injerto de fábricas y talleres en un país atrasado [...] perpetúa constantemente, eleva a nuevos planos y recrea sin cesar el atraso del país” [14].

La categoría de pseudoindustrialización, junto con otros criterios de análisis tales como la baja productividad del trabajo, el creciente endeudamiento externo con las metrópolis capitalistas, el rol de proveedor de materias primas y alimentos en el mercado mundial, y la subordinación a los Estados Unidos a través de pactos políticos y diplomáticos internacionales, permitió a Peña hacer un ajustado análisis de la dependencia argentina, que mantiene vigencia conceptual en una situación de creciente reprimarización de la economía argentina, de pago en regla al FMI y de discursos altisonantes (aunque cada vez menos) sobre la “sustitución de importaciones”.

En relación con el peronismo, es sin duda el trotskismo la corriente que intentó desarrollar una comprensión marxista de éste en tanto fenómeno histórico y social. Si bien aquí Milcíades Peña exhibe una notoria unilateralidad, presentando a Perón como un “agente inglés” más a tono con las primeras caracterizaciones del GOM-POR en el que militó hasta 1959, Nahuel Moreno logró a partir de 1952 una visión más ajustada del peronismo caracterizándolo como un bonapartismo sui generis y señalando, respecto de sus relaciones con el movimiento obrero, la siguiente contradicción “por un lado, esbozo de democracia obrera e incipiente desarrollo del poder obrero a través del respeto a la clase y sus conquistas básicas, representadas por las comisiones internas y el cuerpo de delegados de fábrica, por el otro, control total del proceso por parte del estado, lo que se traducía en la digitación de las direcciones y el sometimiento al ministerio de trabajo” [15]. No obstante una notoria exageración (ciertamente la estatización de los sindicatos fue más fuerte que la democracia obrera) hay aquí un intento de captar la dinámica de un fenómeno que todos los actores intelectuales veían estáticamente. Estos análisis sobre el carácter histórico y de clase del peronismo, son muy superiores a los de quienes, como Ernesto Sábato, presentaban dicho fenómeno como producto del “resentimiento de los pobres”, tanto como a los de los apologistas de la izquierda nacional que lo presentaban como expresión de una burguesía “industrializadora” imaginaria, mientras la burguesía industrial real había apoyado el golpe proyanqui [16].

Mientras los apologistas del “capitalismo nacional” presentan el MERCOSUR de los monopolios europeos, argentinos y brasileños transnacionalizados, la crítica de las perspectivas nacionalistas burguesas y pequeño-burguesas es lo que permitió a Liborio Justo desarrollar hace ya más de dos décadas una visión acerca de la necesidad de la integración argentino-brasileña en una Unión de Repúblicas Socialistas de América del Sur [17].

Estos aportes de tres figuras pródigas en cruces y desencuentros mutuos, son parte de una tradición oculta e incluso precaria que se constituyó en el marco de una compleja situación internacional de dominio del stalinismo sobre el movimiento obrero internacional y del peronismo en el terreno nacional.

En este contexto los trotskistas argentinos desarrollaron su labor no exenta de limitaciones: Moreno construyó un partido pero terminaría abandonando la revolución permanente por una teoría semi-etapista de la revolución democrática. En Peña, muchas veces la revolución socialista aparecía transformada en un medio para la industrialización dislocando la perspectiva internacionalista, y Liborio Justo no construyó ninguna organización y sus acusaciones a Trotsky, respecto de su posición frente a las expropiaciones petroleras del gobierno de Cárdenas, no resisten el menor análisis. La mayor limitación compartida es la tendencia a separar los fenómenos nacionales de los internacionales, no logrando una comprensión profunda del mundo de la segunda posguerra.

Nos obstante estas limitaciones, trabajos como los cinco tomos de *Nuestra patria vasalla* de Liborio Justo, *Antes de Mayo*, *El paraíso terrateniente*, *La era de Mitre*, *De Mitre a Roca*, *Sarmiento*, *Alberdi y el '90*, *Masas, caudillos y élites* o *Industria, burguesía industrial y liberación nacional* de Milcíades Peña, la revista *Estrategia* ('57/'59), y muchos aportes de *Fichas*, *Método de interpretación de la historia argentina*, de Nahuel Moreno, son libros fundamentales para cualquier abordaje marxista de los problemas históricos y políticos argentinos. A esto se suma el extenso trabajo de Ernesto González *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*, fundamental para comprender los debates fundacionales del trotskismo en nuestro país, y sobre todo la historia de la corriente morenista.

Por eso la tarea que nos planteamos es la de recuperar y superar dialécticamente estos aportes en nuevos desarrollos de la teoría de la revolución permanente, que a la vez que recuperen la continuidad de la tradición marxista revolucionaria, recreen la teoría marxista de cara a los desafíos de la lucha de clases del siglo XXI.

Esta es una apasionante tarea de la que gran parte de la izquierda que se reclama trotskista ha desertado. Los grupos surgidos del estallido del MAS constituyen un espectro que va desde la incapacidad de superar el marco teórico del morenismo (MST) al abandono del trotskismo en aras de una recepción ramplona de cierto marxismo academicista (*Herramienta*) adaptándose a la reacción ideológica de las últimas décadas.

Por su parte PO, que tiene una visión profundamente autorreferencial de la historia del trotskismo en Argentina, combina una elástica capacidad de adaptar su "teoría" a los vaivenes de su trayectoria pragmática con el recurso a la cita canónica, sin hacer ningún esfuerzo por recrear los elementos de continuidad antes mencionados en nuevos desarrollos teórico-políticos superadores. Si tenemos que definir el "marxismo" de PO, la mejor definición es la de un "marxismo estéril".

Al revés de estas corrientes, nos proponemos recuperar los elementos de continuidad antes mencionados sin perder de vista que las limitaciones propias del trotskismo de la segunda posguerra, al cual hemos denominado como "trotskismo de Yalta".

El PTS surgió en un contexto internacional de procesos complejos y contradictorios. La caída del Muro de Berlín, la ofensiva ideológica triunfalista del imperialismo, y la crisis del marxismo, fueron el marco en el cual la mayoría de las corrientes trotskistas iniciaron un acelerado curso hacia el oportunismo.

Desde hace más de diez años el PTS viene orientando sus esfuerzos para reconstruir el marco de análisis internacionalista, apelando al marxismo revolucionario como un

pensamiento vivo que necesita recrearse en el roce con la realidad. Señalemos algunos puntos salientes del trabajo realizado:

- una crítica exhaustiva de las principales posiciones de la corriente morenista, en especial de su teoría de la revolución democrática, para retomar los fundamentos de la teoría de la revolución permanente, revalorizando la importancia de la lucha por los consejos obreros, notoriamente devaluada en dicha tradición [18];
- recuperando el método de Trotsky de analizar la situación mundial atendiendo a la marcha de la economía, las relaciones entre los Estados y la lucha de clases, hemos analizado tanto las tendencias generales de la situación mundial como los avances y contradicciones de los procesos de restauración capitalista en la URSS, Cuba y China [19];
- hemos polemizado sobre las experiencias de los años '70 en la revista universitaria *En Clave Roja*, resaltando la importancia de las acciones de masas como el Cordobazo, el Rosariozo, el Viborazo y otras, así como de la emergencia del fenómeno del clasismo, claramente ausente en el revival setentista impulsado por la centroizquierda peronista;
- hemos recreado los criterios metodológicos de Milcíades Peña para analizar la reconfiguración de las clases, la economía y el régimen político de nuestro país durante los años '90 [20];
- polemizamos con Toni Negri [21] mucho antes de su “recepción” por la intelectualidad local;
- encaramos un diálogo polémico entre Trotsky y Gramsci [22] en función de superar la unilateralidad con que todo el trotskismo analizó los contornos de la situación internacional a la salida de la Segunda Guerra Mundial;
- en *Estrategia Internacional* N° 21 hemos profundizado la reflexión sobre los desafíos del marxismo en el siglo XXI alrededor de polémicas de actualidad. En “Desafiando la miseria de lo posible” hemos polemizado tanto con los teóricos “globalizantes” como con los defensores del Estado-nación recreando los análisis y las definiciones de Trotsky frente a la situación internacional, la heterogeneidad de la clase obrera y otros problemas en los cuales el análisis marxista sigue siendo más fecundo que las ideologías en boga. En “Más allá de la democracia liberal y el totalitarismo” hemos defendido la concepción de democracia soviética de Trotsky contra aquellos que, desde Laclau a la LCR francesa, esconden una apología de la democracia burguesa tras la bandera de la “autonomía de lo político”;
- a todo esto se suma el impulso brindado al Centro de Estudios, Investigaciones Publicaciones León Trotsky, que es un referente latinoamericano en su tarea y mantiene una colaboración permanente con los principales centros de historia del trotskismo a nivel internacional.

Partiendo de estas conquistas teóricas *Lucha de Clases* se propone dar un paso más: el de aportar a la recreación del marxismo revolucionario internacionalista en el terreno del análisis histórico y los debates políticos y culturales de la tradición nacional, como parte de la lucha por la construcción de un partido revolucionario de la clase obrera argentina, latinoamericana y mundial.

Notas

[1] Revista *Confines* N° 14, junio de 2004, pág. 12/13.

[2] Martín Caparrós y Eduardo Anguita, *La Voluntad*, Tomo II, Bs. As., Norma, 1998, págs. 313/314.

[3] Revista *Confines*, op.cit., pág. 50.

[4] Ver Nicolás Casullo, *Sobre la marcha*, Bs. As., Colihue, 2004, pág. 204/205.

[5] “Carta de J. W. Cooke a un grupo de compañeros del movimiento peronista desde La Habana, Cuba. 1962” en R. Baschetti (comp.), *Documentos de la Resistencia peronista 1955-1970*, Bs. As., Ed. de la Campana, 1997, pág. 203.

[6] Revista *Confines* N° 14, op. cit., pág. 60.

[7] Partiendo de la definición de que el peronismo “no dejó y posiblemente no deje por mucho tiempo ninguna posibilidad de organización política independiente de la clase obrera” la corriente morenista definió que “el entrismo es posible e inclusive necesario cuando el movimiento obrero apoya a ese movimiento nacional y no hay brotes importantes de organización independiente de la clase obrera” buscando convertir al Movimiento de Agrupaciones Obreras que ellos orientaban en “la fracción trotskista legal del peronismo”. De esta manera el “entrismo” en el peronismo se expresó en la adopción de un discurso sindicalista combativo que le cedía en los problemas centrales de la política nacional al peronismo, por ejemplo “acatando” la orden de Perón de votar por Frondizi. Esta política terminaría sumiendo a la corriente morenista en un curso sindicalista que se expresaría luego en la ruptura de un sector de dirigentes posicionados en ese sentido. Ernesto González (coordinador), *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*, Tomo II, Palabra Obrera y la Resistencia (1955-1959), Bs. As., Antídoto, 1996. Cabe aclarar que las conclusiones por nosotros planteadas difieren de las de Ernesto González.

[8] Horacio González, *Restos Pampeanos*, Bs. As., Colihue, 2000, págs. 392/394.

[9] “En los países industrialmente atrasados el capital extranjero juega un rol decisivo. De ahí la relativa debilidad de la burguesía nacional en relación al proletariado nacional. Esto crea condiciones especiales de poder estatal. El gobierno oscila entre el capital extranjero y el nacional, entre la relativamente débil burguesía nacional y el relativamente poderoso proletariado. Esto le da al gobierno un carácter bonapartista sui generis, de índole particular. Se eleva, por así decirlo, por encima de las clases. En realidad puede gobernar o bien convirtiéndose en instrumento del capital extranjero y sometiendo al proletariado con las cadenas de una dictadura policial, o maniobrando con el proletariado, llegando incluso a hacerle concesiones, ganando de este modo la posibilidad de disponer de cierta libertad en relación a los capitalistas extranjeros”. León Trotsky, “La industria nacionalizada y la administración obrera” (12 de mayo de 1939), *Escritos Latinoamericanos*, Bs. As., CEIP, 1999, pág. 151.

[10] León Trotsky, “Discusión sobre América Latina” en *Escritos Latinoamericanos*, op. cit., págs. 111/126.

[11] Ver en *Lucha de Clases* N° 2/3, “Doctores y matreros”, donde analizamos el módico “kirchnerismo soreliano” de don Horacio.

[12] Ver “Consideraciones de principio sobre el entrismo” (septiembre de 1933) y “La Liga frente a un giro” (junio de 1934) en *Escritos de León Trotsky 1929-40* digitalizados, Bs. As., CEIP, 2000.

[13] Nahuel Moreno, *Método de interpretación de la historia argentina*, Bs. As., Pluma, 1975, págs. 9/10.

[14] Milcíades Peña, *Industria, burguesía industrial y liberación nacional*, Bs. As., Fichas, 1974, págs. 34/35.

[15] Nahuel Moreno, op. cit., pág. 196.

[16] Ver Hermes Radio (Milcíades Peña), “¿Quiénes supieron luchar contra la “revolución libertadora” ANTES del 16 de septiembre de 1955?” en *Estrategia de la emancipación nacional* N° 1, septiembre 1957, págs. 95/137.

[17] Liborio Justo, *Argentina y Brasil en la integración continental*, Bs. As., Centro Editor de América Latina, 1983.

[18] Ver “Polémica con la LIT y el legado teórico de Nahuel Moreno” en *Estrategia Internacional* N° 3, Diciembre 1993-Enero 1994 y “La Estrategia Soviética en la lucha por la república obrera” en *Estrategia Internacional* N° 4/5, Junio de 1995.

[19] Por ejemplo “Un intento de redefinir la hegemonía imperialista” en *Estrategia Internacional* N°19, “Cuba: reflexiones sobre su historia y actualidad” en *Estrategia Internacional* N° 20 y “Mitos y realidad de la China actual” en *Estrategia Internacional* N° 21.

[20] Ver “Una nueva ‘Década Infame’” en *Estrategia Internacional* N° 14, Noviembre-Diciembre de 1999.

[21] Ver “¿Imperio o Imperialismo?” y “¿Comunismo sin transición?” en *Estrategia Internacional* N° 17, Abril de 2001.

[22] Ver “Trotsky y Gramsci. Convergencias y divergencias” y “Revolución Permanente y guerra de posiciones. La teoría de la revolución en Trotsky y Gramsci” en *Estrategia Internacional* N° 19, Enero de 2003.